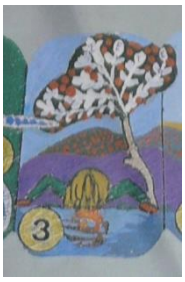

La respuesta

no parece, en un principio, que pueda resultar problemática; no tiene uno, o una, o un hatajo, más que llegar y decir **pues yo o nosotros o nosotras somos Fulanito de Tal, o Perenganita de Cual, o estos/as o los/as otros/as o los/as de más allá e hijos/as, todos/as y cada uno/a, de nuestros/as respectivos/as padres/as...**

No, mira, ahí nos hemos equivocado[1]; pero lo vamos a dejar como está y seguir, como si tal cosa, aunque saltándonos las obviedades que todos damos por sentadas en lo que concierne a nuestros semejantes, tan nada diferentes de las propias que para qué repetirlas y perder, sin ninguna necesidad, el hilo…

¿O Ya lo hemos perdido?

Porque si lo hemos perdido tendremos que buscarlo, y nos pasará lo que nos sucedió cuando hace apenas unos días buscábamos algo también y derramamos, sin quererlo, la copa de algún néctar repuntado que nuestra memoria se obstinó en despertar como ambrosía…

La dejamos hacer y, con deleite, aplicamos el néctar con las yemas de los dedos en las sienes, y en el cuello, y detrás de las orejas y en la frente, y aspiramos el olor evanescente del antaño mientras se demoraba ella por entre los jirones de las tardes ociosas en que **éramos algo** que, por cierto, la última vez que alguien lo mencionó ya dio problemas porque — la más corpulenta de las Fuenfría — que **pero, bueno, eso es muy elástico…**

– ¿Elástico? — Doña Consola — ¿Cómo cuánto exactamente de elástico?

– Como muchísssimo.

– ¡Vaya por Dios! — Y, girándose Consola a su propia hermana —: ¿Qué te parece?

Y la hermana se limitó a ladear un poquito la cabeza y volverla a enderezar como queriendo dar a entender **ea.**

– **Ea** — doña Consola —, no; Visitación.

– ¿Pero cómo — la Fuenfría — que **ea**, no?

– Pues como que no, sencillamente.

– Mira, Consola, yo tengo mucha, pero que muchísima correa, pero, si hay algo que verdaderamente me molest… Porque,

[1] →

¿quién no ha sido, si es que alguien me lo puede explicar, algo a lo largo de su vida alguna vez?

– Ya. Si no — doña Consola —: si algo sí. A lo que voy es a es que…

– Lo que ella está queriendo decir — la Fuenfría corpulenta también pero algo menos, dando a la hermana suya unos suaves golpecitos con sus dedos en el antebrazo — es que quién no ha sido algo alguna vez aunque no fuera lo que estuviese deseando fervientemente ser…

– Ah — la corpulenta —: ¿Y alguien conoce personalmente a alguien que…

– Pues Carlitos.

– ¿A quién conoce Carlitos?

– A nadie, Zoila — la Fuenfría corpulenta pero menos siempre fue mucho, mucho más paciente —: Nosotros, todos, conocimos a Carlitos…

– ¿Y qué le pasó?

– Bueno — Consola —, nos contaron que le dio algo a la cab…

– Ya; pero quiero saber qué.

– Una apoplejía, o embolia o…

– Antes ¡Antes! — Como muy impaciente la corpulenta.

– Pues que nunca fue niño.

Fue Visitación, la primera vez que abría la boca en toda la tarde, quien lo dijo. Luego ladeó un poquito la cabeza y la volvió a enderezar como queriendo dar a entender **ea**.

–Nos enteramos, cuando ya era imposible reparar el daño, de que jamás… ¡pero que nunca, eh!, había sido niño…

– ¡Caramba!

– O, al menos, no un niño como los demás…

– Aunque hubo quien, incluso, pretendió dar pelos y señales asegurando haberlo conocido como tal, y aun recordarlo…

– ¡Que a ver si no era desfachatez cuando ahí estaba el propio interesado, en persona!

– Y que si ***bueno, pues a ver si es que*** insistió Hubo Quien – otra vez la hermana —, ***ya nadie se va a acordar del nieto de doña Regina, la soprano…***

–Mamá, en cambio, sí que había sido…

– ¿Quién?

– ¡Mamá, Gerardo: mamá!

– Ah – sordo como una tapia aunque con una memoria buenísima porque, entornando los ojos —: Rosarito, ¿verdad?, casi siempre.

– Con algunas salvedades, claro está, como pudieran serlo… pues, qué te diríamos nosotras — intercambiando una mirada cómplice, las dos Fuenfría —: sus clases de equitación o cuando a su abuelo le concedieron aquella cruz de san Fernando, tan laureada; pero, por lo general, o sí o casi…

–Y es que, para ser lo que ella era hacía falta tener muchos, pero que muchísimos arrestos y un carácter y un temperamento que, como muy bien dijese Román Corvado, *ojito al parche o acordaros de cuando…*

[][][]

Y por supuesto que nos acordamos, cada cual no ya sólo del que estuviera siendo entonces sino de todos los demás componentes de aquella multitud que contemplaba absorta, boquiabierta, cómo mamá se ponía como un verdadero basilisco cuando el tío Astolfo aludía al viejo baúl "do dormitan" — decía —, los trajes tan preciosísimos y las gargantillas, brazaletes, y demás aderezos de la tía abuela Mesmina o cuando, en las tardes tristonas de invierno todos allí alrededor de la chimenea, se le pasaba por las mientes a alguien ponerse a recordar tiempos pasados y él evocaba las rosadas mejillas de Clemencia.

No es ningún viejo baúl, Astolfo; es sencillamente un baúl muy viejo.

Y que las joyas y los trajes eran un puñado de baratijas y unos cuantos andrajos. Ocasionando con semejante aseveración un enorme trastorno y un ir y venir de operarios echando el bofe porque, si para el baúl del tío Astolfo la ubicación perfecta era el desván, para el de ella el destino idóneo era el trasterillo del sótano.

Y, secándose a continuación las manos que se había lavado en la vieja jofaina del aguamanil de la habitación de don Heliodoro, que en lo «tocante a las mejillas de Clemencia, ¡Astolfo, por favor!», rogaba, lo que sucedía era sencillamente que estaba siempre colorada como un tomate y, ella, «hasta las narices, Astolfo, de tu manía de querernos pintar la realidad como hasta el más tonto de la familia está al cabo de la calle de que no fue».

Y que no le destrozase los nervios «Astolfo» y, a nosotros, que despejásemos la mesa de la cocina y «tú», al primero que pillaba, que pusiera el hule y colocase los platos, que era la hora de cenar.

Porque mamá se comportaba con frecuencia como si no supiese que la sangre que circulaba por sus venas era la de una de las familias más distinguidas del lugar que jamás había cenado, para empezar, mazamorrilla, y para seguir, sentada a la mesa de ninguna cocina ni sobre ningún hule.

CREATED BY HUMAN FICTIONAL CONTENT

Y como esto era un retroceso grandísimo que no podía yo asimilar que se hubiese producido en mi vida, cuanto más teniendo en cuenta que encaramada en mi carro de los mil rayos, que ni uno menos, y tan segura como me sentía de que ya todo iba a ser volar, decidí arrinconar todos mis quehaceres, maletas, largos, todo, y aplicar el resto de la jornada a hacer un examen a fondo de toda mi… ¿cómo lo llamaría usted?

Yo lo llamaría trayectoria vital